

FERNANDO RUEDA

ESPIÁS

Y TRAIADORES

Los 25
mejores
agentes
dobles
de la
historia

¿Héroes o traidores a la patria? ¿De qué forma engañaron y manipularon a las maquinarias más preparadas del mundo, los servicios de contraespionaje? Dinero, patriotismo, chantaje, ideología, venganza o miedo son algunos de los motivos que impulsan a los mejores agentes dobles de la historia. Fernando Rueda, autor de *Las alcantarillas del poder*, nos acerca todos los detalles que pueden explicar las razones de su comportamiento: sus sueños y pesadillas de la infancia, sus amores, las decepciones que le marcaron... ¿Cómo se sobrelleva día a día la tensión de que en cualquier momento un pequeño error puede acabar con un inconsistente castillo de naipes?

Joaquín Madolell, un agente doble español en Moscú. Kim Philby, bebedor, mujeriego y de clase alta. Una heroína y traidora llamada Mathilde Carré. Luis González-Mata, espía de Franco. Heinz Felfe, el exespía nazi que trabajó para Stalin. Mata Hari, el falso mito de una prostituta de lujo.

Para Ladislao Rueda, mi padre; Carmela, Manuel y María Jesús, Carlos y Mari Carmen, Pilar, Feli, Jesús, Maribel, Merche, Manolo y Encarnita, y el resto de familia que se ha ido; la generación que no hizo la Guerra Civil, sufrió sus consecuencias y nos sacaron adelante.

Introducción

La carrera para escribir las páginas que va a leer me ha supuesto una aventura más parecida a un rally en el desierto que a una vuelta ciclista. Indagar en la historia de veinticinco agentes dobles, con las vidas más complicadas que he podido encontrar, ha sido un trabajo duro pero muy reconfortante. Durante un año he cambiado de compañero/a cada dos semanas. Un lunes rescataba la información que hacía tiempo había buscado sobre él o ella. Arrancaba una nueva investigación, por si se me había escapado algo. Me ponía en contacto con algún experto para que me aclarara detalles dudosos. Y, por último, leía apasionadamente mis notas y los mejores textos publicados. Contrastaba datos, acudía a pedir consejo a mis libros antiguos y en última instancia a la biblioteca particular de mis amigos espías. Después convertía la carpeta con mis primeras reflexiones y los datos más importantes en el acompañante imprescindible a cualquier sitio donde acudiera. Conduciendo el coche, viajando en el autobús o el metro, paseando por las calles de Madrid... dedicaba mis pensamientos a reflexionar sobre él o a ella.

La familia que le vio nacer, los sueños de su infancia, sus juveniles amores, las decepciones que le marcaron, el trabajo por el que siempre suspiró... Si sus primeros contactos con el espionaje habían sido satisfactorios, si se movía con naturalidad ocultando sus pensamientos. Quizás soñaba con hacer carrera en el servicio secreto o nunca pensó que el destino le llevara a tener que trabajar en las alcantarillas del poder. Con los datos íntimos asimilados, entraba a estu-

diar la operación concreta que le había hecho pasar de llevar una vida más o menos normal a situarse entre dos fuegos. ¿Qué es lo que le indujo —me preguntaba— a meterse en un berenjenal así? ¿Sabía que de allí solo se salía con los pies por delante, encerrado entre cuatro asquerosas paredes o viviendo escondido el resto de su vida? El mejor momento era cuando, después de una semana, me sentaba delante del ordenador y escribía su historia con todos los datos y los ángulos que había descubierto.

Cada personaje requería un planteamiento distinto, un texto que poco o nada tenía que ver con el anterior o el posterior. Pero es que la inmersión en sus peripecias me obligaba a fijarme en cada uno a partir de aspectos distintos que marcaban y explican lo que habían hecho. Para un periodista de investigación como yo, las extraordinarias operaciones que describo en este libro han constituido una parte destacable, pero vaya por delante que es imposible entender el comportamiento de los agentes dobles sin analizar sus vidas. Cómo engañaron, mintieron, manipularon a las maquinarias más preparadas del mundo para la búsqueda de traidores —los servicios de contraespionaje— es apasionante, pero mucho más cuando uno descubre esas miserias que les hacen débiles y expuestos a la vigilancia externa.

No me di cuenta cuando escribí una a una la historia de cada doble agente, pero al repasarlas he observado que las bajas pasiones están sobradamente representadas entre ellos. Muchos bebían como cosacos, bastantes eran exageradamente promiscuos, un montón tenían una debilidad incontrolable por conseguir dinero como fuera. Y todos ellos, pasados los primeros meses o años, sufrían cambios hormonales debidos a la doble vida que estaban padeciendo y a la tensión de que en cualquier momento un pequeño error podía dar al traste con su inconsistente castillo de naipes. De la debilidad de su estatus de doble agente sabían bastante por experiencia propia. La mayor parte de los

veinticinco personajes delataron conscientemente a agentes que realizaban su mismo juego de engaños, pero en sentido contrario. Y se enteraron de que esas personas a las que ellos habían traicionado, algunas veces incluso amigos, habían sido asesinadas de un tiro en la nuca. En contra de lo que pueda parecer, la mayor parte de ellos nunca perdió el conocimiento de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Vendían a su país y a sus amigos por una bolsa de monedas y no habrían parado de hacerlo si no les hubieran pillado, pero siempre supieron que lo que hacían no estaba bien. Se justificaban pensando en lo mal que les habían tratado a ellos, la necesidad de actuar así para que su mujer no les abandonara o urgidos por evitar que en la guerra ganara el bando equivocado.

No me ha quedado claro en muchos de los agentes dobles, en cuya vida he intentado meterme sin prejuicios, si los podría calificar de héroes —patriotas— o traidores. Es un ejercicio que recomiendo. Una gran parte de los personajes son patriotas y traidores dependiendo del bando desde el que se les juzgue. Uno de los casos en los que no tengo dudas es el del español Joaquín Madolell, que vivía plácidamente como militar del Ejército del Aire y se vio metido en una película de espías. Actuó en todo momento como patriota a las órdenes del servicio secreto español, cumpliendo órdenes y jugándose de forma altruista. Pues bien, el espía ruso al que mandó a la cárcel, Rinaldi, no dudó en calificarle en sus memorias como un traidor. La investigación sobre los agentes españoles ha sido una aventura divertida y gratificante. Me encontré con que Madolell desgraciadamente acababa de morir, pero tuve la suerte de contar con el apoyo de su encantadora familia. Y aprovecho para hacer una pequeña denuncia: cincuenta años después de la llamada «Operación Mari» el CNI (Centro Nacional de Inteligencia) no ha desclasificado el contenido del expediente. Y lo que me entristeció aún más: el propio Joaquín se lo pidió por escrito al entonces director, Javier Calderón,

que se acogió a la Ley de Secretos Oficiales para mantenerlo escondido. Se murió sin conocerlo, pero estoy seguro de que sus hijos tienen derecho a tenerlo. ¡Han pasado cincuenta años, señores del CNI y del Gobierno!

Otra experiencia interesante fue conocer al comisario principal Silvestre Romero, que en su juventud también actuó como doble agente con el servicio secreto ruso. Su historia apasionante invita a que él personalmente la escriba de forma mucho más amplia, si es posible, contando con el apoyo del CNI, que le debería evitar las molestias de la censura.

Con quien no he hablado personalmente, como bien sabe el servicio secreto español, que le tiene sometido a un permanente control, es con Roberto Flórez. Ahí la investigación ha sido más complicada y por eso más interesante. Toda la verdad de lo que pasó solo la saben el exdirector del CNI, Alberto Saiz, y algunos de sus altos cargos y agentes. Pero ya no se sostiene que el doble agente fuera descubierto exclusivamente, como contó el propio Saiz, por una investigación de seguridad interna. Los datos de la investigación que he llevado a cabo quedan reflejados en este libro.

Los otros dos españoles de los que hablo pertenecen a la Historia. Uno es muy conocido, Juan Pujol, «Garbo», uno de los hombres clave para engañar en la II Guerra Mundial a los alemanes durante la invasión de Normandía. El otro lo es menos, Luis González-Mata, «Cisne», pero su vida, si cabe, es todavía más apasionante y representa al profesional de la información que vende su trabajo al mejor postor.

Junto a ellos espero que disfruten con los relatos de los otros veinte agentes dobles que más consiguieron despertar mi curiosidad. Sus vidas están entrelazadas en algunos casos. Lo más normal no es cazar a un traidor —o patriota— mientras entrega documentación robada: lo habitual es pillarle tras la denuncia de otro espía que cambia de bando y le vende.

Hay espías que trabajaron para Hitler y luego para Stalin, como Heinz Felfe; algunos que se vieron obligados a venderse al enemigo para pagar los gastos de las tres mujeres a las que mantenían, como el peruano Víctor Ariza; para detener al patriota Poliakov hizo falta la denuncia de dos dobles agentes de la CIA (Central Intelligence Agency) y el FBI (Federal Bureau of Investigation), Ames y Hanssen; Gabriele Gast aceptó espiar para la Stasi como única manera de que la dejaran ver a su novio, que era quien precisamente le había tendido una trampa; o Nicolai Khokhlov, que cambió de bando porque su mujer le dijo que no viviría con él si mataba al disidente ruso que le había encargado el KGB (Comité para la Seguridad del Estado, por sus siglas en ruso).

Por distintos motivos me he sentido convulsionado con algunas historias que no necesariamente serán las que más toquen el corazón de todos. Por ejemplo, la de Samir Mayed Ahmed, el joven palestino que mató en pleno centro de Madrid al jefe para Europa del Mossad, muestra la incompreensión y el engaño. O la de Alfred Redl, un militar de Austria-Hungría que sufrió por ser homosexual pero que fue plenamente feliz en su papel de traidor (aquí sin dudas, pues de patriota no tuvo nada). O el caso de Human Jalil al-Balawi, el miembro de Al-Qaeda que se autoinmoló llevándose por delante en Afganistán a siete agentes de la CIA y a uno del espionaje jordano, a los que manipuló.

Este libro surge de una idea de mis amigas de La Esfera de los Libros, Ymelda Navajo y Mónica Liberman, que me propusieron buscar veinticinco agentes dobles y contar su vida. Me gustó tanto que aparqué de momento el proyecto que tenía entre manos y al que ahora volveré.

Tengo que dar las gracias a Manuel Rey y a algunos otros exespías que me permitieron disfrutar de sus libros y sus conocimientos históricos. Una ventaja poder disfrutar de amigos tan interesantes. También a Eva y Carlos, primero amigos y luego anticuarios, que empezaron hace tiempo

a buscarme joyas literarias que afianzaron mi pasión por el espionaje en su vertiente histórica. Doy también las gracias a Luis Togores, prestigioso historiador, que me regaló la *Enciclopedia del espionaje*. Y Alicia, Elena y Sandra son el sueño que nunca se evapora y las compañeras de viaje con las que merece la pena vivir.

1. «Operación Mari»: Joaquín Madolell, por primera vez un topo español en el corazón del espionaje ruso

Busco afanosamente el paradero de Joaquín Jesús Madolell Estévez. En 1964, cuando era subteniente del Ejército del Aire, aceptó convertirse en agente del GRU (Directorio Principal de Inteligencia, por sus siglas en ruso), el servicio secreto militar soviético. Poco antes había entrado a formar parte del Servicio de Información del Alto Estado Mayor, el más importante en España en aquellos momentos.

Nadie parece querer hablar de él. En el Cuartel General del Ejército del Aire, me cuenta un buen amigo que me hace la gestión, aseguran que carecen de información. La respuesta procede de un miembro de la inteligencia militar, lo que me hace sospechar que prefieren no mojarse en la historia. No lo entiendo: todo ocurrió hace casi cincuenta años, los protagonistas deben de ser ancianos venerables y los secretos de Estado han caducado, como la Guerra Fría que azotaba el convulso mundo posterior a la II Guerra Mundial.

Unos meses antes tuve la inmensa fortuna de conocer en persona a Silvestre Romero (del que hablaremos en el capítulo 15), el comisario principal de la policía que también hizo un fantástico doble juego tiempo después, durante la transición española, para engañar a los soviéticos. El subteniente Madolell actuó años antes, en plena dictadura

de Franco, cuando un agente ruso llamado Giorgio Rinaldi le captó para su causa a cambio de dinero. Una cantidad de pesetas alejada de las cuantiosas sumas que recibieron por sus traiciones Aldrich Ames y Robert Hanssen, pero en aquel momento los espías españoles lo desconocían todo sobre el KGB.

En el verano de 1963 Joaquín Madolell era un instructor muy popular en el aeródromo de Cuatro Vientos. Los militares perdían en los cuarteles el segundo nombre, en este caso «Jesús», y terminaban arrinconándolo también en su vida privada. Allí acudía los fines de semana y siempre que disponía de un rato libre en su trabajo en el Ministerio del Aire, cuya sede central está en Moncloa, cerca de la salida de Madrid camino de la carretera de A Coruña.

Joaquín era un deportista nato —fue profesor de Educación Física en la Academia de Infantería de Toledo— y sentía una pasión enloquecedora por el paracaidismo, algo que exigía una valentía probada, especialmente en aquellos años. En Cuatro Vientos todos le respetaban: era un mito. Había formado parte del primer grupo que había saltado en España, en 1948, en la base aérea de Alcantarilla, en Murcia, dirigido por Ramón Salas Larrazábal, uno de los más prestigiosos generales del Ejército del Aire en toda su historia. Quince años después de ese primer curso, Madolell se había convertido en instructor en Cuatro Vientos, base a la que acudían muchos militares y civiles aventureros, entre los que había algún familiar del futuro rey.

Giorgio Rinaldi, por su parte, era un italiano de cuarenta años, como el subteniente de aviación. Había sido elegido por el GRU para captar nuevos agentes y montar en el sur de Europa una red clandestina que robara información sensible. Con la tapadera de un negocio de antigüedades podía moverse con cierta libertad, sin despertar la atención ni levantar sospechas en Europa occidental, especialmente en países como España, gobernados por dictaduras. Rinaldi buscaba un militar del Ejército del Aire con acceso a las ac-

tividades norteamericanas. Para captarlo sin llamar la atención acudió a los lugares civiles a los que iban los aviadores, y uno de ellos era el aeródromo de Cuatro Vientos. Allí fue donde conoció a uno de los instructores, el subteniente Madolell. Rinaldi era paracaidista, aunque no lo aparentaba, pues su cuerpo era lo más alejado al de un deportista. Madolell, por su parte, presentaba un aspecto físico curioso. Era fibroso y muy fuerte, pero de complexión mediana, rubio con los ojos azules. «Algo tirillas», decían los que le conocían.

Compartir copas en el bar era lo habitual tras una sesión de paracaidismo. Rinaldi buscó relacionarse con Madolell y no le costó mucho esfuerzo, porque el militar era un tipo simpático y amable. El italiano no tardó en reparar en que su nuevo amigo, con el que empezó a quedar por Madrid para tomar copas, era tan extravertido como reservado. Los meses corrieron y los dos hombres intimaron. Cada vez que el supuesto anticuario venía a España por asuntos relacionados con sus negocios, se veían y estaban hasta altas horas de la madrugada tomando copas. Desde que se conocieron en el verano de 1963, Rinaldi examinó cuidadosamente al militar, hasta que en mayo de 1964 decidió mostrar sus cartas. Se había producido un hecho que había transformado la situación de dudosa a claramente favorable: el subteniente había sido destinado a la base conjunta hispano-estadounidense de Torrejón.

Una noche, simulando ir pasado de copas (si la cosa salía mal, podía decir que todo era producto de la borrachera), le espetó directamente: «Tengo un negocio que hacer contigo». Alguien como Joaquín, tan reservado para los temas de su trabajo en el Ejército del Aire, no pudo imaginar lo que se le venía encima. Seguramente le daría un sorbo a su copa de Licor 43, su bebida preferida, y miraría tranquilamente al italiano a la espera de comprobar si la oferta le podría suponer un dinero extra. No tardaría mucho tiempo en helársele la sangre. Rinaldi le preguntó si se-

ría capaz de sacar de su trabajo información de los estadounidenses. A cambio, él tenía unos amigos dispuestos a pagársela bien. El *airbag* interior de Madolell saltó al percibir el golpe, pero no dejó que su amigo italiano se enterara. Por el contrario, mostró interés en su propuesta y le animó a explicarla. Rinaldi le dijo que había conocido en Italia a unas personas que buscaban información sobre las actividades de las tropas norteamericanas en las bases de utilización conjunta. A esa gente no le interesaban los datos sobre las fuerzas armadas españolas, y él jamás le pediría que traicionara a su país, pero los americanos eran otra cosa.

Fue una larga noche para el subteniente paracaidista. ¿Estaba su amigo loco? ¿Había bebido más de la cuenta? ¿Los dos habían bebido más de la cuenta? ¿Tenía sentido lo que le había pedido? La moviola de la juerga nocturna le presentó imágenes cada vez más nítidas. Cuando amaneció no le quedó ninguna duda: su amigo Giorgio era un agente del servicio secreto soviético y le había hecho una oferta en firme para trabajar para ellos. Y él había contestado afirmativamente. No era un error. Giorgio no era su amigo, jamás lo había sido: se había acercado a él exclusivamente para captarle. Era un traidor y no había nadie a quien Madolell odiara más que a los traidores.

La búsqueda de Joaquín Madolell, cerca de cincuenta años después de que fuera captado por el GRU, me resulta complicada, porque no quiero recurrir al CNI. Ellos siguen considerando secreto intocable todo lo referente a sus operaciones pasadas, así que prefiero hacer yo solo el camino. La única pista que tengo es la narración de Bandario, Cernuda y Jáuregui en su libro *Servicios secretos*, insuficiente para conocer sus propias vivencias. Sigo buscando y el corazón me da un vuelco al leer en Internet una noticia perdida: Joaquín Jesús Madolell Estévez murió el 1 de octubre de 2011, a los ochenta y ocho años de edad. Llego tarde para conocerle, para que me explicara su historia y me hablara de las sensaciones que le despertó el juego sucio de

su amigo Rinaldi, para que me contara por qué decidió embarcarse en un juego tan peligroso como el de doble agente, en unos momentos en que si te pillaban, los soviéticos no dudaban en pegarte dos tiros. No me desanimé. Quizás él no podía ya contarme los secretos que anidaron en su cabeza en aquellos años, pero quizás alguien cercano a él...

Tras la extraña noche de juerga Joaquín decidió presentarse inmediatamente ante su jefe directo y contarle lo que le había pasado. Era un hombre de mundo que había aprendido a valerse por sí mismo, sin esperar la ayuda de nadie, pero que respetaba fervorosamente la autoridad, y en ese momento sabía que estaba metido en un asunto que excedía sus competencias. Unos días después, el subteniente tenía cita con el teniente coronel Arozarena, jefe de Contrainteligencia del Alto Estado Mayor, que le hizo repetir palabra por palabra toda la historia que le había contado previamente a su comandante. En aquellos años el servicio secreto tenía poca experiencia sobre las actividades de potencias enemigas en territorio español, pero la operación sobre el paracaidista era de manual: acercamiento, análisis, amistad y captación. Por suerte, el subteniente había respondido a la oferta de manera afirmativa, transmitiendo la imagen de que por dinero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Arozarena, uno de los mejores especialistas españoles en espionaje de la época, le propuso que se convirtiera en doble agente: que trabajara para el servicio de información del Alto Estado Mayor y al mismo tiempo para los soviéticos. Una posibilidad que le ofreció tras haber estudiado minuciosamente la sorprendente vida del subteniente, que encajaba en el perfil que necesitaban.

Joaquín había nacido en 1923 en Melilla, con la desgracia de que su madre murió al traerle al mundo. Su padre, un hombre sumido en la pobreza extrema, se dio cuenta de que no podría cuidarle y lo entregó en adopción a un convento de monjas. El pequeño Joaquín vivió siempre en el

orfanato, sin compartir en toda su juventud el calor del hogar con una familia que le acogiera. De pequeño su gran pasión eran los deportes. Uno de los momentos en que más disfrutaba era cuando se colocaba entre los tres palos de una portería y jugaba con su equipo al fútbol.

Su dura infancia acabó cuando hizo el servicio militar en el Ejército del Aire, donde no dudó en reengancharse. Le gustaba la vida castrense; los militares eran los únicos que hasta ese momento le habían abierto una puerta al futuro. De espíritu guerrero, dispuesto a afrontar cualquier reto, en 1942 se apuntó a la División Azul, donde permaneció hasta 1943. Como soldado del Ejército del Aire fue destinado a una base aérea de la Luftwaffe ubicada en Esmolensko, relativamente cerca de los bosques de Katyn, donde durante la guerra mundial fueron cruelmente ejecutados miles de militares polacos por las fuerzas soviéticas. Sus méritos llevaron a Joaquín a conseguir los galones de sargento con veintidós años y a empezar una carrera brillante y prometedora.

El teniente coronel Arozarena seguro que también se quedó impactado, aunque en aquellos años esas cosas eran más normales, cuando al investigar sobre Madolell se encontró con que se casó a los veintiséis años con Dolores Heredia, una chica de diecinueve, que había perdido a su madre seis meses antes. Por este motivo la boda se celebró un 19 de enero a las siete de la mañana con los novios vestidos de luto. La boda tuvo lugar en Alcantarilla, la localidad murciana tan estrechamente unida al Ejército del Aire, donde estaba situado el aeródromo militar. La pareja había tenido tres hijos que vivían con la madre en Alcantarilla, donde la familia se instaló cuando el padre fue destinado primero al Ministerio del Aire y después a la base de Torrejón de Ardoz.

Con todos esos datos, el perfil de Madolell era absolutamente de fiar y favorable para engañar a los soviéticos. Desconocía las técnicas de espionaje, pero la solvencia con